Año VI — La Plata, 1ª quincena de Diciembre de 1923 — Núm. 110

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal — Editada por la Agrupación del mismo nombre — Administrador: Risto Stoianovich

Carlés–Funes

He aquí dos nombres representativos de dos tendencias remarcadamente opuestas: la de la hidrofobia reaccionaria, insolvente y alevosa, que vive aclamando una libertad cúbica y negándola vuelta a vuelta con el largo rosario de sus hechos sin nombre,—Carlés; y la de la pasión libertaria, arrojada y responsable, que se entrega al contrarresto sin medir las consecuencias pero aceptándolas completamente,—Funes.

Solo así, gracias a la espontaneidad de la juventud que no calcula ni reflexiona nada, tirándose a pique, sin vacilaciones, recta a la acción, ha podido Carlés salvar su vida de una muerte segura.

Peor para él, sin embargo, que obligado ahora a llenar el escenario entero con sus piruetas, se contorsionará como una víbora buscando la figura nueva que provoque el asombro de los abribocas que lo contemplen, y sufrirá la angustia de la impotencia al no encontrarla, pues todas las ha gastado ya, y cualquiera que use será siempre inferior a la situación que la determinara. Entonces comprenderá cuánto mejor para sus principios hubiera sido el morir por ellos.

Peor para Funes, que sufrirá entre los cuatro muros de la cárcel el dolor del encierrro y, lo más malo, las negras amarguras del fracaso, del acto inútil que no libró a ninguno del histrión e hizo de su juventud un sacrificio arrojado a la calle estérilmente.

Y peor para nosotros que tendremos que oir, ver y saber por mucho tiempo ¡ay! las tiradas, en ristra inacabable, de las bravuconadas pirotécnicas de ese fantoche máximo del firulete y la farolería que, lo confesamos sinceramente, (y ya un compañero de nuestra agrupación hubo de gritárselo públicamente en pleno rostro) no valía la bala que pudo haberlo muerto el otro día.

En resumen, el compañero Funes está preso y la justicia burguesa le hará pagar por bueno su inútil atentado contra el Inútil Magno que pasea sus desparpajos de *poseur* supremo, por los atrios de todas las iglesias de todas las ciudades de las márgenes del Paraná y el Río de la Plata.

Hacia una mayor consciencia

Cuando examinamos la sociedad actual, inmediatamente nos llama la atención la dominante característica que está impresa en la mayoría de los actos de los hombres: inconsciencia.

Millares de seres, en todas las clases sociales, cruzan desde la cuna al sepulcro, al través de sus pensamientos, de sus deseos, de sus obscuros dolores y sus menguados intereses, sin haber llegado nunca, ni en el puro sufrimiento de un minuto, a contemplar el largo y vasto erial de sus vidas, seco y lleno de la achaparrada y espinosa vegetación de sus egoísmos.

Llegaron a la vida, y en ella continuaron como los peces en los mares helados, esperando el deshielo que un día más o menos lejano habia de librarlos de tantas miserias.

Produjeron, consumieron, reprodujeron con la veracidad del espejo, lo que a su alrededor se presentaba como inconmovible norma.

¿Es de extrañar, entonces, que cuando tratemos de llevar a una de esas vidas un punto del angustiante deseo de vivir, de sentir todo lo que no hay de bello, de infinito y de nuevo en sus enclaustradas existencias, sólo encontremos el rumor de una burbujeante incomprensión?

No es vana la obra de los amos de hoy: su cotidiano manducar refleja el exacto sentido que persiguen los dominadores. Unos nacen para comer y otros nacen para producir. Y es necesario que los últimos se den cuente que para nada necesitan estas floraciones de la vida plena: consciencia de obra; misión de vida.

La vida actual, ahí está con la suma inconsciencia de todos sus actos. Es feliz el esclavo bien alimentado, porque solo palpa lo que le permite su pequeñuca noción de vida, de libertad, de humanidad.

El hambre de los que vé desesperados, sólo le sugiere la momentánea necesidad de la ayuda. Alimenta a un semejante, mas no cumple una necesidad moral. Le empuja a ello la innata e indestructible expresión solidaria que la vida tiene en todas sus manifestaciones, pero cumple esa imperiosa necesidad como cualquiera otra de aquellas meramente orgánicas.

Su pequeñuca felicidad no lo es *«casi total»*, si frente a él se encrespa la visión del dolor. Inconsciente y todo, no puede realizarse si no encuentra una tendencia solidaria y aprobatoria, en el ambiente, hacia el mismo fin.

La sociedad burguesa a pesar de contener como espíritu central esa forma necesaria de mantener, de sostener y de prolongar todo cuanto sea posible el actual estado de cosas, ha tenido que llevar consigo, muy a pesar suyo, el espíritu de progreso, de avance contínuo, que es la base del desarrollo hacia más acabadas formas de convivencia social.

No lo ha fomentado nunca, como ningún régimen coercitivo ha fomentado la rebeldía y la indisciplina. Al contrario, por todos los medios y en todas las formas imaginables, trató siempre de apagar la sed de nuevos horizontes y la necesidad de conformar la vida de acuerdo a criterios morales más elevados que la abyección, el desprecio y la explotación que hoy vemos en todas partes.

Surgen, pues, aunque aun borrosas e indefinibles, las desdibujadas formas de una nueva consciencia popular. Y era necesario el indispensable factor que modelara, que esteriotipara en las entrañas mismas de la

Entre los trigos en flor

La tierra se ha mostrado esta vez espléndidamente pródiga. Profusamente regada por el sudor humano y el agua de benéficas lluvias, acariciada con cariño por los rayos del sol, ella quedó fecundada por entero y ostenta hoy, como hembra orgullosa de su fecundidad, el glorioso producto de sus entrañas.

Mecidos ligeramente por una débil brisa, los frágiles tallos se inclinan amorosamente en dirección al caminante. Parece que se le brindaran. El misterioso, casi imperceptible murmullo de sus espigas semeja asímismo una tímida ofrenda.

Un aliento suavemente perfumado llena el ambiente de este bello atardecer. No es el perfume embriagador y voluptuoso de los ricos jardines el que se aspira, sino aquél otro acre y sano olor de vida pura y fuerte. Es la misma savia de los tallos que difundida en el aire, penetra en los pulmones y los llena de salud.

Todo lo que nos rodea nos habla en diversos lenguajes, de belleza, de fuerza, de vida intensa y triunfadora. La alegría de vivir no tiene mejor oportunidad para presentarse.

Sin embargo, no nos abandonamos a la placentera felicidad a que nos convida la naturaleza. No repercute en nuestro espíritu el tibio aliento de satisfacción que de ella trasciende. No podemos rendirnos a sus plácidas sugestiones de plenitud y abandono.

Un hondo sentimiento de amargura nos invade poco a poco. Y ¡cosa extraña! ¿de dónde proviene esa amargura? De los mismos espléndidos trigales que estamos contemplando.

¡Ah! Es que a la vista de ellos pensamos enseguida en la multitud de hombres que viven anhelantes, febricientes, en espera de su madurez.

Vemos a ese tipo hosco y rudo que sacrifica a la tierra todo lo que tiene de humano. ¿A la tierra? No, a su ambición, a su afán de enriquecerse, a su sed de dinero. Si araña desesperado el suelo, si reduce a sus hijos a la condición de pequeñas bestias, si escruta con avidez el cielo para adivinar la lluvia o la sequía, y salta de contento cuando las espigas son lozanas y abundantes, no es más que para convertir todas sus ansias y sacrificios en moneda contante.

Ninguna impresión de belleza, ningún sentimiento noble. Ahora, frente a esa riqueza exhuberante, no piensa más que en cortar, embolsar todo eso y cambiarlo pronto por dinero. Recela desde ya de la *gente* que va a ocupar, que seguramente pedirá un jornal desmedido.

Ese es el dueño de los trigales. Todo sordidez, codicia y ceguedad. ¿No es verdad que su presencia afea el campo?

Más allá vislumbramos una multitud de hombres escuálidos y harapientos que caminan a largas jornadas con su «mono» a cuestas. Vienen también atraídos por la rica perspectiva de los granos. Vienen extenuados, lamentables, vencidos por la privaciones de un terrible invierno. Quizás no piensan que la enorme riqueza que se extiende hasta donde alcanza la vista, se reduciría a nada a falta de sus brazos. Mucho menos aun pueden sentir la belleza que todo aquello encierra. Ellos ven nada más que la posibilidad de alquilar el resto de sus energías, de agotarse más aun en interminables días de labor en cambio de un jornal que les permita «torcer» un año más.

Durante ese trabajo de forzados, maldecirán al «padre sol» que los quema implacable, a la tierra generosa, para ellos ingrata y hasta al dorado fruto que se tornará acibarado en sus bocas.

Algunos vienen todavía con la esperanza de «enriquecerse» con el trabajo. ¡Pobres ilusos que volverán desesperados luego, ante la esterilidad de su sacrificio! Y muy pocos, al fin, que llegan más que para cosechar el grano, para sembrar ideas de libertad desde el rastrojo donde la esclavitud reina.

Y hay aun otros hombres que ni arañaron el suelo, ni lo regaron con su sudor, ni esperaron con fervor las lluvias bienhechoras; que tampoco vendrán a cortar o transportar el grano, y que sin emgargo también tienen fijos sus ojos en las magníficas sementeras, aguardando que las espigas maduren.

No son hombres de caras curtidas y manos callosas, sino de blanco y fino cutis. No caminan penosamente a lo largo de los rieles; recorren el campo en autos veloces y cómodos. Ellos observan complacidos el inmenso mar de espigas, porque saben bien que todo él convertido en oro, entrará en sus arcas fatalmente. Seguros de su triunfo, calculan el beneficio en números y se regocijan ante el total fabuloso.

Insensibles ante el dolor de los parias ambulantes, lo son también ante los atractivos de natura. Secos y duros de corazón, no sienten más emoción que la del lucro. Ellos son indudablemente los que más ensombrecen el horizonte claro y envenenan ésta atmósfera deliciosa. Su avidez de buitre, comunica a todo un tono fúnebre.

Ahora, después de evocar esos diversos tipos, ya no sentimos la plácida felicidad de un momento antes.

Hasta el rumor de la brisa y el murmullo de las espigas han cambiado de sentido. Ahora parece que se burlaran de nosotros; los frágiles tallos ya no se inclinan como en obsequiosa ofrenda, sino que se retiran en dirección contraria.

¡Oh, sí! ¡Todo cambia con el pensamiento! La belleza, la felicidad, no están en la naturaleza sino en nosotros, en los hombres. Si nuestra vida es de violencia, ambición y engaño, los más bellos paisajes serán sombríos y tristes. Urge entonces que reine la armonía y la bondad entre los hombres, para que todos gocen de la generosidad de la tierra.

Y mientras pensaba esto, un fiero deseo de lucha animaba las cansadas fibras del caminante, que con paso firme siguió marchando entre los trigales en dirección al pueblo.

El Caminante.

En la Pampa, Noviembre.

---

vida, la redentora semilla de la libertad.

Surgen de este hondo malestar presente, de estas vagas angustias que traen los días, de estas rabias impotentes que muerden y se arrastran adentro de las vidas.

Surgen del profundo manantial que muerde hasta los tuétanos, a estos abismos desconocidos de las vidas de los hombres.

¡Salud! perturbadora angustia. Es de vuestras blasfemias y de vuestros dolores de donde surgirá el manantial de vivificantes chorros de la vida nueva.

Xerxes.

Pico, Noviembre 1923.

Biblioteca "Cultura y Libertad"

Esta Biblioteca permanece abierta al público todos los días, de 7 a 10 de la noche. Los martes un compañero da lecciones de escritura. Los jueves, lectura comentada. Cuotas voluntarias. Dirección: calle Ocampo 454. Rosario de Santa Fe, a nombre de Juan Marquez

La Comisión.

PARA LOS VAGABUNDOS

¡Vagabundo!... cuando la brújula de la vida, ponga sobre tus pupilas inquietas el mar, la montaña, el río o el bosque, detente un instante para profundizar los arcanos insondables del universo. Si es el mar... escucha el rugido de sus verdes y bravías olas que burbujean espumosas al estrellarse en las rocas; deja un momento que la brisa marina haga ondular sobre tus sienes las greñas de tu melena de poeta ignorado...

Súbete al peñón más alto de las rocas, para que divises en el horizonte infinito, la barca que ha de traer a estas playas el ósculo de la felicidad...

Vagabundo... el mar rebelde y agitado en turbiones amargos, arrojará desde los continentes lejanos, la verdad, hecha luz para que la empuñen los hombres de ardientes pensamientos...

Vagabundo, el mar es el portavoz de las ideas futuras, por eso, cada vez que lo encuentres, salúdalo como a un hermano...

¡Vagabundo!... cuando tus andanzas por el mundo pongan sobre tu sendero las montañas gigantescas, no trepides en escalar sus cumbres. Llegar hasta el pináculo del Himalaya es tener alma de artista, dominar con la vista la superficie del planeta, es imitar a las águilas que se remontan hasta el sol en busca de luz más pura...

Una montaña traerá siempre a tu memoria, los millones de siglos que ha necesitado la tierra para formarse; y serás allá, en las gargantas de las montañas abruptas, un filósofo individualista, que meditas lejos de la ruindad humana, la forma de llevar a tus hermanos el verbo de la redención...

Vagabundo... si la montaña tiene en lo más alto de sus picachos, el armiño de sus nieves perpétuas, sube a ese ventisquero de alabastro y como un asceta moderno pon tus ardientes labios sobre la blancura inmaculada de esas nieves que el sol refleja y sentirás que tu alma de vagabundo se tornará más sutil al contacto de esa comunión pagana...

Vagabundo, algún día encontrarás por tu camino un río, sus márgenes caprichosas estarán salpicadas de margaritas y juncos silvestres, sus aguas cristalinas y su correntada serpenteadora entonará una melodía dulce, como el canto de una virgen. Vagabundo sublime, hermano en Cristo por su credo, Quijote por tus correrías, tira tus harapos sobre la verde alfombra que te rodea y sumérgete lleno de optimismo en esas argentinas aguas; lava el cuerpo y el alma, para tener más energías y seguir luchando altanero contra la vida. Vagabundo, el agua de los ríos, las vertientes que nacen de la madre tierra, es algo indispensable para el florecimiento de la vida, por eso detente aunque sea para beber un sorbo de agua fresca y después emprender tu marcha hacia el sideral.

Vagabundo... ¿ves allá lejos del camino esa sombra inmensa que se

FRIO...

Carne de máquina

Levántate, triste paria. No importa que el frío muerda tus carnes, que el viento te lacere, que el agua empape tus andrajos y tu te estremezcas castañeteando los dientes; no importa.

El monstro con sus millares de tentáculos y sus millares de bocas en cada uno de ellos, te aguarda; aguarda a que llegues a entregarle tu sudor y tu sangre para calmar su insaciable voracidad.

Calado de frío, trabaja, produce sin descanso. ¿No ves que el señor, tu amo, necesita mucho de tus esfuerzos para poder elevar suntuosos palacios, regias mansiones donde pondrá un arca para guardar el resto de tu sangre convertida en oro?

Anda, pues. Los negros monstruos insaciables te esperan. Dales tu salud, dáselo todo.

¡Trabaja! que «el niño» necesita los chorros de tu sudor para despilfarrarlos en una sola calaverada. ¡Trabaja! para que él pueda dormir después de sus orgías en la cálida atmósfera que le dará la estufa, sobre muchas almohadas y bajo los más finos cobertones.

¡Trabaja! ¡Trabaja!

Carne de lupanar.

Pálida compañera, madruga tu también; corre, acude a la fábrica a dejar los últimos arreboles de tu rostro. Llévale la ofrenda de tu juventud, primero, para dejarle la de tu virtud, después.

¡Trabaja! mientras «la niña» reclinada sobre un mullido sofá, soñará en las gratas vanidades de los hermosos vestidos y las riquísimas alhajas. ¡Trabaja! para proporcionarle el deleite de la cocaína y de otros consoladores y calmantes. ¡Trabaja! en tanto la rechoncha matrona duerme gozosa en su tibio lecho, soñando quizás en las alabanzas que le dedicará la prensa adulona a la «dama virtuosa y dadivosa» que con el fruto de tu labor se mostró cristiana y generosa con los damnificados del temporal, tal vez algunos de tu propia familia.

Produce, pues, riquezas que nunca disfrutarás, pero que a la vanidosa matrona obesa le servirán para lujos, caridades, ostentaciones y mil derroches más.

¡Produce! ¡Produce!

Carne de cañón.

Compañero soldado, triste hermano, títere de tu superior, injuriado por los hombres de la patria: mientras el viento te azote implacable, el frío hinque en ti sus dientes de acero, la lluvia traspase tu uniforme haciéndote temblar, acude al cuartel a continuar dejando en él tu dignidad de hombre, tu aspiración a ser libre.

No te demores ni un instante. Ve a formar bajo las rigurosidades de la lluvia. Apresúrate. Dentro de unas horas has de presentar tu arma a tu señor y amo el presidente.

Y cuando vuelvas de la parada al cuartel, y la bronquitis arañe tu pecho, acuérdate de los culpables de tu mal; y si te toca ir a la tumba, grita tu anatema contra los asesinos; y si te salvas, obra como el hombre íntegro: sé libre.

— —

Carne de máquina, carne de lupanar, carne de cañón, uníos todos para derrocar a los amos de la fábrica, para destruir las casas de lenocinio y echar abajo los cuarteles. Y pactad entre todos los oprimidos, el respeto mutuo y la fraternidad.

¡Solo así acabarán los males de sobre la tierra!

BERNARDO GRAIVER.

---

divisa? No son gigantes ni aspas de molino: es un bosque. Tus antepasados arrojaron unas cuantas semillas y el páramo se transformó en una pradera florida, rodeada de frondosos árboles; vagabundo, allí podrás descansar, nadie molestará tus quiméricos ensueños y encontrarás en el corazón umbrío del bosque, selectas y exquisitas frutas para tu paladar. Si pasas la noche, hallarás un blando colchón de hojas para reposar y mientras duermes, la blanca luna, hermana de los vagabundos y poetas, rielará su claridad plateada sobre tu rostro acrisolado por el dolor.

El primer beso de la juvenil aurora, hará que los pajarillos trinen su sinfonía, en honor del chispazo rojo que asoma en el oriente, y tú, vagabundo legendario que llevas un manojo de ideales, para sembrarlos en el camino, emprenderás tu viaje empujado por esa fe innata que brota de los corazones hechos para desparramar el verbo de la paz y de la felicidad...

¡Vagabundo!... Pasarán los días, los meses, los años y los siglos; fenómenos sísmicos arrasarán la humanidad; nuevas generaciones vivirán sobre la tierra; pero tú serás inmortal, tus pupilas glaucas mirarán siempre el infinito, tu sombrero de anchas alas, cubrirá como un trofeo de combate tu cabeza exótica y soñadora... Serás el terror de los timoratos, de aquellos que se asustan de los días grises o las noches de tormenta... Pero, siempre bajo los pliegues de tu estandarte de idealismo, se cobijarán todos tus hermanos en bohemia, saludando con una canción augural, el evangelio de los oprimidos.

Vagabundo... el mar, la montaña, el río, el bosque, las flores, la vida misma, es vagancia; por eso tú, creador de la poesía, serás el eterno risueñor que revoloteas libre por el azul infinito.

FRANCISCO SANCHEZ L.

¡¡Voces de auxilio!!

¡Por los presos y perseguidos de la reacción española!

Camaradas de todo el mundo:

En las cárceles y presidios españoles hay muchos centenares de compañeros que atraviesan una situación horrible y espantosa.

Clausurados los sindicatos y perseguidos tenazmente sus militantes, sometido todo a la férrea censura militar, estos hombres privados de libertad y del cariño de los suyos, esperan ansiosos el esfuerzo material de sus hermanos de todo el mundo, a fin de aliviar la miseria que se ceba con ellos, sus compañeras y sus hijos.

En tal trance, el Grupo Redención ofrece 1.500 ejemplares de la obra «El Dolor Universal,» de cuya venta se destinará la mitad a los presos, y la otra mitad para pagar la tirada del libro. Cada ejemplar vale 2 pesetas.

¡Compañero, ayuda a las víctimas de la reacción española!

Donativos y giros, diríjanse a *Redención*, calle Cura Navarro—*Alcoy* (Alicante) *España*.

Se ruega muy encarecidamente la inserción en toda la prensa obrera de América.

Me jugaste una mala pasada

Tus cachorros. ¡Cuánto los querías, primo! Cuando a las cansadas caía de paso por tu querencia, tu alegría era la mía. Guacho de cariño, el de tu compañera, el que los pibes te prodigaban, eran mi solaz. Y cuando yerbeando, charlábamos de las ideas anarquistas, que los dos amábamos, me sentía orgulloso del retoño del viejo tronco que supo también florecer para la libertad. Con todo, no eras feliz. ¡Que ibas a serlo, si la sociedad burguesa te acechaba, como a todos, a cada rato! ¡Quién puede ser feliz en la tierra esclava!

Cuando peleando con la desventura, aguantándole agua, sol, hambre y fatiga al campo inclemente, levantabas una casa para los otros y volvías junto a los tuyos con los tristes pesos, no podías engañarme con la pasajera sonrisa que aleteaba en tus gruesos labios de macho fornido.

—¡La vida!... ¡la vida!... murmurabas, meneando la cabeza. Es que amabas la vida y la querías buena, sana, libre. La última vez que fuí a verte ¡cómo estabas cambiado! Te había vencido el trabajo, había minado la carne noble, taladrando el roble lentamente. Cuando la enfermedad hizo crisis, ésta fué definitiva. Me alegré de verte valiente en la desesperanza. Reías ante la muerte posible, pues sabías que el proceso de descomposición era natural. No pedías nada a Dios y sólo de la savia fecunda que había regado tus venas, esperabas la reacción.

—Esta máquina está herrumbrosa, produjo demasiado, decías. Es lógico que no giren sus goznes. Ya no producirá más. Y reías.

Me alegraba el verte saber morir.

—No leas más; esas lecturas te dañan. El médico te lo ha recomendado.

Pero los mimos de la buena compañera no podían evitar que tus miradas se posaran en el diario anarquista que, diligente, el viejo Coito allegaba todo los días a tu lecho de enfermo.

Me jugaste feo, primo. No me extrañó la noticia de tu muerte. Flojeaste. ¡Oh! Casi todos los hombres flojean. ¡El espectro de la muerte! ¡Dios! Se le hace frente burlonamente, se le desafía con palabras, pero se le teme íntimamente; y en las horas de tragedia se le invoca o se le pide clemencia. Afirmar nuestra vida en nosotros mismos, anular con nuestra presencia sobre la tierra toda potencia extrahumana, arrojar del fondo del ser el respeto deísta, afirmando con Bakounín: «Yo existo, por lo tanto dios no existe», ese debe ser el gesto hasta en la última hora.

—Quiero ver a mis hijos bautizados, antes de mi muerte, dijiste. Y en un solo instante el hombre destruyó toda una vida de ejemplo.

Cuidado, hermanos míos. Malo el que se niega. Cuando la verdad nos posee, no hay que negarla nunca.

¡Qué triste ser roble y resquebrajarse antes que el rayo nos parta! Y es en la muerte cuando triunfa la vida.

J. M. L.

Comité Pro Presos y Deportados La Plata

Balance de entradas y salidas por los meses que van a continuación.

Entradas

En caja al 30 DE NOVIEMBRE DE 1922 $ 199.38. Por DICIEMBRE 1922 $ 27.00. ENERO 1923 $ 139.55. FEBRERO 15 95. MARZO 74.20. ABRIL 43.35 MAYO 203.60. JUNIO 46.45. JULIO 63.50. AGOSTO 14.00. Total $ 826.98.

Salidas

DICIEMBRE 1922. A Carlos Pollini 33.00. Delegación a Bs. Aires 3.50· Al abogado 100. ENERO 1923. Por comida y viaje en coche a los compañeros Lopez y Rey 3.00. Por viaje en coche llevar colchones al Departamento Policía 1.00. Por 300 Nros rifa 12.00. Por 60 balances 8.50. Gastos secretaría 1.50. A C. Pollini 10.00. FEBRERO. A C. Pollini 12.65. MARZO. Al mismo 13.55. ABRIL. Al mismo 13.90. MAYO. Por 50 balances 8.50. A. C. Pollini 13.90. JUNIO A C. Pollini 13.90. JULIO. Al mismo 15.10. Al Comité Pro Presos, donación para Kurt Wilckens 34.10. AGOSTO. A. C. Pollini 13.60. Total $ 311.70. Saldo que pasa a Septiembre 515.28.

LUIS TROVERO, Tesorero — RISTO STOIANOVICH, Secretario

Revisores de cuentas: Carlos Avendaño. J. Madroñal, Angel Imperial, Manuel Vazquez, José Pucci y Gabino Coto.

Dijo la carilla inmaculada

Dijo la carilla inmaculada: «Pura fuí creada y permaneceré pura por siempre. Prefiero arder hasta tornarme en ceniza blanca, antes que tolerar que la obscuridad me toque o que me roce la inmundicia.» La botella de tinta oyó lo que la hoja de papel decía y aunque se rió en su obscuro corazón, nunca osó acercársele.

Y los lápices multicolores también la oyeron, mas tampoco ellos osaron acercársele. Y la carilla inmaculada permaneció pura y casta para siempre. Pura y casta... y vacía.

KAHLIL GIBRAN.

Trad: Adela R. de Rivadeneira.

La sociedad del porvenir

Lego en la ciencia creada por A. Compte y desarrollada por H. Spencer, me he preocupado muy poco, o mejor dicho, no he tenido tiempo de preocuparme de lo moral e intelectual del hombre considerado en sus relaciones con la sociedad y el Estado.

Abeja obrera de la gran colmena humana, me he limitado buenamente a libar en el jardín de la naturaleza para fabricar mi pequeña e individual celdilla, dejando que otras, con visión aquilina y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común, marcando los futuros rumbos del enjambre humano.

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo. Piensa y siente, al parecer, como un cristiano, pero obra a la usanza de un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas Repúblicas antiguas. La esfera de la inteligencia ha decrecido tanto, como menguado la de la voluntad.

Cada dia más refractaria al sentimiento de la justicia, la sociedad actual nos da el triste y paradógico espectáculo de un mundo al revés: arriba, entronizados y venerados, el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles, es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana, puesto que las organizaciones superiormente adaptadas, consumidas por el sobretrabajo y la miseria, caen en la esterilidad o dejan ruin descendencia, diezmadas por las infecciones, en tanto que, por el contrario, los zánganos, los inadaptables, los indigentes del espíritu, ahitos de placeres, incuban prole robusta, perpetuando de ésta suerte el peso muerto de la máquina social.

No rigen, pues, para el hombre civilizado los principios de la selección del más apto ni prevalece en la lucha por la vida la casta de los mejores; antes bien, la adaptación se ajusta a una condición artificial extraorgánica, por cierto desconocida del resto de la animalidad, y semillero inagotable de estancamientos, retrocesos y organizaciones aberrantes, a saber: la adquisición y goce del capital con el fin exclusivo de garantizar la perennidad de la holganza de unos pocos y el aumento incesante de los parásitos del trabajo. Con que el tipo humano, oscilando perpetuamente de la miseria a la abundancia y desde la anemia a la plétora, viene a ser algo extraño e incomprensible, una especie de vesánico aquejado de la rara manía de imponer el hambre a los demás para procurarse la soberana voluptuosidad de suicidarse de hartura.

Estimo que los únicos capitales antropológicamente legítimos son la organización humana y las fuerzas de la naturaleza, factores de producción que no podrán marchar en consonancia con la justicia y la ley evolutiva, sino a condición de ser colectivamente fomentados y administrados.

La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aqui la hermosa divisa de la sociedad del porvenir.

Tiempos vendrán en que la ciencia ilumine las conciencias y eleve los corazones.

Y entonces, cuando desterrado el culto fetichista del capital, el hombre haya sido incorporado a las leyes de la evolución; cuando escudriñadas y explotadas las fuerzas naturales, el cosmos trabaje para nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercancías a precios irrisorios; cuando, descubierto el secreto de la síntesis química, el ingeniero del porvenir elabore sin el concurso de la tierra la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa, utilizando al efecto la fuerza viva de los rayos solares o cualesquiera forma de energía natural; cuando el ocio bien ganado permita la universalización de la ciencia y del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de una misma corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo...¿qué significado tendrán las palabras rico y pobre, señor y esclavo, feliz y desdichado?

¿Qué importará entonces que el amor multiplique sobremanera la especie, ni que cielo adusto y tierra ingrata nos regateen sus dones?

Ahí estará enérgico y avizor, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano, sublimado por la fiel acomodación al mecanismo del mundo, ofreciéndonos, generoso, nuevas y salvadoras invenciones.

Nuestro será también el inextinguible tesoro de la hoguera solar, que la ciencia emancipada quizá de nuestra antigua y fatigada «nutriz», la tierra, sabrá modelar y cuajar en rutilantes frutos y doradas espigas. ¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, del movimiento del viento y de los mares, de las cataratas, de las cordilleras, de la soberana potencia del pensamiento?

¡Soberbio y alentador ideal, que acaso un día se convierta en viva y palpitante realidad!

Creamos en él para que tenga lugar su advenimiento, porque en éste bajo mundo sólo es realizable lo enérgicamente creído y esperado.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

Poemas

V·n, mujer, así: desflórate en mis brazos como un manojo de rosas blancas...¿No quieres que de nuestro dulce amor brindemos un hijo en homenaje a la vida? Un hijo es como un rayo de sol que empolvora de luz la senda fragante por donde van cantando los espíritus selectos, bajo la sublime apoteósis de los astros, hacia las desconocidas regiones de la sublimidad. Es como una canción misteriosa que brota del sagrado vientre de la hembra como una excelsa bendición.

Ven, mujer, hazte digna de la vida. Exhala la divina canción y serás santificada en el glorioso santuario de la maternidad.

¿No quieres que de nuestro dulce amor brindemos un hijo a la vida? Tú le darás belleza y candor; yo le daré fuerza, sensibilidad y luz, y nuestra obra será un deslumbramiento, un resurgimiento triunfante de mil auroras, que en un rito de suprema locura arrojaremos a los vientos como una roja dinamita, para que su explosión gigantesca destruya todos los antros del mundo.

———

Madre, no hagas que llore el pequeñín; deposita en su almita cándida y buena las blancas gemas de tu corazón. Desgrana un rosario de besos sobre su boca auroral y un astro más irradiará en el límpido cielo de tu alma...

Junto a las fuentes del jardín han abierto sus pétalos de seda todas las rosas; haz que el niño recoja en el cántaro abandonado, las perfumadas linfas y las vuelque en las sagradas naves de tu templo como un dulce homenaje a la eterna primavera del espíritu. Y el amor y la felicidad será entre nosotros.

Madre, no hagas que llore el pequeñín. El sol y toda la riqueza que atesora la vida, no valen una sola lágrima del niño.

———

¡Silencio!

Mira la aurora. Un concierto de armoniosas notas puebla el ambiente saturado de perfumes; y todo es alegría y amor entre las floridas frondas del parque. Los surtidores entreabren sus polífonas bocas como una bendición...

Ven, hermana; date toda, plena, como se dan las flores y las aves en un rito de suprema voluptuosidad. Y serás digna del amor, y la vida volcará en tu alma las melífluas armonías de su canto. Asi. Más. Quiero que el cálido aliento de tu boca se mezcle con mi aliento, que la fragante rosa de tus carnes se deshoje en mis carnes como un poema tremante de pasión. Date toda plena, asi, como se dan las flores y las aves bajo los polícromos fulgores de la libertad.

ALFREDO FRID HERRERA.

Siluetas de angustia y rebeldía

DOLORES VISTOS Y SENTIDOS

En la Comisaria 3ª.

Sobre la pared del calabozo, grabado en letras desiguales, se lee este grito nuestro: «¡Viva la Anarquía!» Su lectura me llena de satisfacción. Me figuro que es una mano amiga que estrecha afectuosa la mía o que, en medio del montón de caras hostiles que me observan, hubiera sorprendido una sonrisa de cordialidad.

«¡Viva la Anarquía!»—canta la pared mugrienta. Y veo al compañero luchando empeñosamente, clavando sus uñas en el muro para grabar ese grito que es afirmación de nuestros ideales frente a todas las tiranías y es canto de esperanza para todos los sedientos de justicia y libertad.

Por asociación de ideas pienso en nuestras vidas de esfuerzos, perseverancias y triunfos, y en las vidas decrépitas de los que carentes de ideales y de aspiraciones nobles, sólo viven para dar satisfacción a sus instintos más groseros y pasiones más ruines. Y se me ocurre que dura y adversa como la pared del calabozo, es para nosotros la sociedad de hoy, donde a toda hora la amenaza de prisión o de muerte pende sobre nuestras cabezas y donde las ideas de libertad y de amor que nosotros profesamos, son calumniadas por la primera boca irresponsable que se le antoja hacerlo o por la pluma, irresponsable también, de cualquier gacetillero sin dignidad ni vergüenza... Y se me ocurre además que el compañero, grabando con sus uñas nuestro «¡Viva la Anarquía!» simboliza todo el optimismo y la fe que nos alienta, y ese nuestro grito es el triunfo de nuestras ideas por encima de códigos, de leyes y de cárceles.

Más tarde, en el silencio profundo de la noche, al propio tiempo que agradeciendo interiormente al compañero anónimo el instante de alegría que me hiciera experimentar con su canto y grito de rebelión y esperanza, he puesto también yo mis uñas sobre la pared negra y mugrienta, para grabar mi canción de optimismo y libertad.

Veinte años pide el fiscal...

Y una mueca de sufrimiento se dibuja en la cara del viejo.—Sí, amigo, por robo y homicidio. Le dije que se parara; se resistió; ciego, le hundí el cuchillo; a los gritos, vino gente; y aquí estoy hace medio año esperando la condena...Luego, a «Sierra»; y allí quedarán mis huesos. Chá, digo, la fatalidad, créame, mozo, la fatalidad...

Y el viejo se aleja maldiciendo de su mala suerte.

He recordado la figura espectral de los esclavos modernos, el martirio de las jornadas de trabajo, los salarios que no cubren las necesidades del hogar, y la pocilga maloliente del conventillo donde nace y muere el proletario...

—Viejo, no es la fatalidad ni es la mala suerte quienes te hicieron homicida,—le he expresado más luego;—los únicos culpables son los que explotaron el trabajo de tu padre y el tuyo, los que hacen vivir a los humildes en la ignorancia y en la miseria más horrible...Sí, viejito, ellos son los culpables.

—¡Veinte años pide el fiscal!—ha dicho por toda respuesta.

Comprendí que mis palabras en nada aminoraban el sufrimiento y la desesperación del viejo, que iba a terminar sus días en Sierrra Chica.

Chola le llaman.

Lo trajeron del pabellón 2, donde lo tenían medio loco a golpes. Dicen que mató al padre porque éste le reprochó su «vicio». El infeliz es pederasta pasivo. ¿Aberraciones de la naturaleza? ¿Degeneración por herencia alcohólica? Patologías en las cuales no he de meterme yo.

Chola es el juguete predilecto de todos los detenidos.—Chola, bailá.—Chola, cante como mujer.—Chola, haga esto.—Chola, haga aquello...

Pullas y golpes a granel. Todo el odio, todas las pasiones ruines que en cada hombre sembró la «civilización» burguesa, todo el resabio de bestia suelta exacerbado por las abstenciones y el encierro, descárganse sobre el cuerpo del desgraciado Chola que no es culpable de su «vicio», como no lo son tampoco de su maldad los que de él se aprovechan para acallar sus deseos, para aplacar la sed de hembra que les tortura.

Y los jueces saben de estas infamias, como saben también que aquí ni en ninguna cárcel del mundo han de corregirse los «delincuentes». Pero continúan ejerciendo su trabajo de verdugos, ajenos por completo al dolor y la desesperación que en cada condena desparraman. No importa que un hombre sea sepultado vivo en un presidio; no importa que del amor se haga una abominación y un crimen, como no importa el sufrimiento de las madres, de las compañeras, de los hijos. No, nada de ésto importa al juez que de un plumazo y con la misma tranquilidad con que realiza un buen «negocio» o prodiga caricias a su querida, envía a estos antros de corrupción y de vicio al infeliz que no apadrina ningún político, ni tiene dinero como para hacer arquear la vara de la justicia.

¡Ah, si yo fuera anarquista!

—Vea, compañero, los ladrones y asesinos están en la calle; se les reverencia y se les estima. Sí, aquí están los «sonsos». ¡Ah, si yo conociera las sociedades anarquistas! ¡Le juro que pondría una bomba [illegible]odas las casas de comercio, iglesia[illegible] [illegible]ficios del gobierno, y haría entonces volar a los verdaderos asesinos y ladrones!

Termina de hablar y clava en los míos sus ojos verdes, como queriendo descubrir el efecto que han causado sus palabras. Es un muchacho que tendrá veintidós años. La miseria y las orgías han hecho de su cuerpo una ruina. Su «modus vivendi», como él dice, es el cuento del tío.

—Si encuentro un «gil», lo trabajo y he ganado el puchero; pero como esto no es *legal*, se me condena a seis años de prisión. Un pillo con plata le hace el trabajo a un montón de «giles»: promesas, dádivas, etc, a cambio de votos que han de convertirse luego en honores y riqueza para el cuentista. Y la ley no lo castiga, y la sociedad lo respeta. ¿Ve aquél? En pelea leal mató a un pobre diablo. ¡Dieciocho años tiene por la cabeza! Faltó poco para que él fuera el «finao». ¡Homicida! Y los generales, los jefes de policía, los gobernantes, todos los que matan, en fin, al amparo de las leyes y sin peligrar la vida, esos no son homicidas. Se les cubre de laureles y en las páginas de la historia quedan escritos sus nombres. ¡Ah, si yo fuera anarquista!...

Cuando le he dicho que el ideal nuestro es esencialmente de amor, y que la violencia es empleada por nosotros tan solo para defensa de nuestras vidas y nunca como venganza, ha vuelto a clavar en los míos sus ojos verdes, con extrañeza y decepción. No cree en la virtualidad del amor. Sueña con revanchas sangrientas para saciar en alguien el odio que depositaron en su alma, desde niño, todos los prepotentes, todos los injustos.

—¡Fuego y muerte para extirpar a la canalla dorada!—dice. Y no hemos hablado más.

Jaime Freire, «con todo».

He aquí dos palabras que en el lenguaje de este mundo de las prisiones, tienen un valor incalculable. «*Con todo*»; y el corazón se agita y el pensamiento vuela por sobre las rejas y los murallones de la cárcel.

Con todo, es sinónimo de libertad y la aspiración de todos los hombres es la de ser libres.

Para el esclavo, la libertad es ruido de cadenas despedazándose contra los tiranos; para el preso es volver a nacer, sentirse hombre y no cosa que desprecia y golpea cualquier esbirro.

¡Libre! Y es la madre, la novia o la compañera que le tienden los brazos y lloran de alegría contra su pecho. ¡Libre! Y es el retorno al rancho, a la querencia de donde lo arrancó la ley. ¡Libre! Y el canto de los pájaros, el susurro del viento y la vista perdiéndose en los lejanos horizontes, harán olvidar la voz antipática de los guardianes, los paredones, las rejas y las infamias de la cárcel.

«Con todo, Jaime Freire». Y la cara del preso adquiere una expresión de alegría, porque ya no será esa cosa que desprecia y golpea cualquier esbirro.

ENRIQUE G. BALBUENA.

Depto. Policía, Pabellón 1.

Reflexiones sobre el egoísmo

Debemos ser egoístas, profundamente egoístas del tiempo y de la vida. Infinidad de tiempo pasa inútilmente para nuestras vidas, infinidad de vidas se gastan, se van inútilmente...

Debemos ser egoístas, profundamente egoístas de nuestra energía, de nuestra fuerza vital. ¡Cuántas veces al caminar retrocedemos! ¡Cuántas veces nos damos a causas inútiles! ¡Cuántas veces gastamos nuestras energías en contra de nosotros mismos!

Y no se crea que quiero dejar sentado con lo antedicho, ningún principio de moral ninguna, no; lo que quiero dejar sentado es, que si nuestra única finalidad real y positiva al vivir, es vivir, debemos hacer que nuestra vida sea lo más intensa posible, y, a tal fin debemos encaminar todos nuestros actos, todas nuestras acciones.

¿Qué ocurriría con el árbol que no absorbiera por medio de sus raíces, con fruición, vampirescamente, las ricas substancias que yacen como dormidas en el seno de la tierra?

¿Qué sería del árbol cuyas hojas no absorbieran, con fruición, vampirescamente, por sus poros, las ricas substancias, los ricos zumos, que vibran, que se mueven en el ambiente?

Sus frutos serían enfermos, raquíticos; su vida sería achacosa, corta, y transcurriría en un como constante anhelo de morir...

Debemos, pues, ser como el rosal, que de los limos mejores de la tierra, extrae las substancias más puras para sus rosas y, como las rosas, que de las savias mejores del rosal, extraen las más puras para sus aromas.

***

Sólo pueden ser egoístas los que saben, y sólo saben los buenos.

El amor consiste en darse; dándonos hallamos el amor; en la naturaleza todo se da y por eso todo florece...Si hacemos que se den nuestros corazones, florecerán...

***

Wilckens, al darse no fué altruista, no se sacrificó: su acto fué un hermoso acto de egoísmo, necesario en él; y por él floreció para el amor, y por él vive en nuestros corazones.

Como la verdad es relativa, como es inconstante, como evoluciona, es verdad para cada uno, aquello que él mismo valoriza como tal; y he ahí el por qué del confusionismo de los hombres al juzgarse en sus acciones, y al eligir sus caminos. Todos poseemos nuestra verdad, y todos, a través de ella, perseguimos nuestra riqueza, lo que consideramos nuestra felicidad; pero como casi todos somos ignorantes, tomamos los malos caminos, aquellos por los que en vez de avanzar retrocedemos, y nos reímos en cambio, sentimos lástima por los que tomando lo caminos del bien, florecen para el amor...

¿Quién envidiará la vida de Jesús, desterrado de su hogar, incomprendido por su madre (la después virgen María), tratado de loco por los sabios de su tiempo, y por fin crucificado por su pueblo?...

¿Quién envidiará al joven anarquista que con los pies sangrantes, recorre todos los caminos de la tierra, cantando su himno de libertad?

¿Y al propagandista de la idea, hundido en todas las mazmorras, fustigado con todos los látigos, martirizado con todos los hierros?...

Muy pocos los envidiarán, y casi todos los tendrán por locos, y les aconsejarán que hagan mejor uso de su tiempo. Y sin embargo, son estos los verdaderos egoístas de la felicidad, los únicos aptos para poseerla. *Saben y por eso son buenos.*

C. DELGADO FITO.

Bs. Aires, Septiembre 1923.

Teatro breve

(Al margen de la realidad)

ESCENA ÚNICA

AMOR Y DON DINERO

AMOR.—(Cuenta 20 años de edad; es una mozuela del pueblo, vigorosa, bella, alegre y gentil, cual un pajarillo en el bosque; su traje es sencillo y sus modales expresivos).

DON DINERO.—(De 65 años de edad, de conversación cansadora y torpe; su carácter es brusco; es además vanidoso y hace gala de sus riquezas. Sus años de batallar sin tregua en el comercio, le han metalizado el corazón y el cerebro).

DON DINERO.—(En la casa, lugar pobre y sencillo, habitada por Amor. Mientras que impaciente espera ser recibido por la misma, se limpia el polvo de los botines con un pañuelo; luego saca del bolsillo un espejito; se arregla sus bigotes grises, la corbata, los puños de la camisa; se abotona el saco, y mientras plega los guantes en la mano izquierda, dice): Debo presentarme un poco pulidito, cual un fuerte y bello mocetón. Quizás mis afeites logren...

AMOR.—(Entrando) ¡Oh!... (Aparte) ¿Qué estará monologando éste viejo?... (A Don Dinero) ¿Está usted por repetir la vieja romanza que recitara Pierrot a su dulce Colombina? ¡A sus años!... «Colombina, escucha en mi cantar la voz del ruiseñor». Ja, ja, ja...

DINERO.—¡Oh! ¿Entonces, tú, vida de mi vida, serías mi bella y blanca Colombina?... Siento la juventud volver a mi.

AMOR.—(En tono picaresco). Figúrese usted, todo un señor Dinero, en el romántico papel de Pierrot, con su traje blanco, adornado con ribetes negros, con la cara cubierta de harina, mientras que yo, una Colombina tan poco pálida, así rústica... Sentirme languidecer, coronada de flores, a la luz de la luna, al lado de un Pierrot tan amarillo... Le agradezco a usted; no merezco yo tanto...

DINERO.—(Interrumpiéndola confuso). Pero, Amor, ¿cómo tomas tú mis galanterías?

AMOR.—(Con cierta mofa). Pues muy naturalmente, como se debe: con todo respeto, señor Dinero... Con todo respeto.

DINERO.—(Cómico sentimental) Amor, espero todavía de tí, tu última respuesta a mi vieja oferta de casamiento. Ya ves: te he ofrecido mi mano, mi fortuna, mi orgullo y mi nombre; todo lo he puesto a tus pies como mi mejor homenaje. ¡Es que te necesito para mi vida! Mis años necesitan tus vigores, sentir el fuego del amor de una sangre espiritual y fuerte, ¿sabes? Mi vida se abate y desvanece lentamente, cual el perfume suave de una flor.

AMOR.—(Mirándole fijamente). Lo se: juventud para su vejez; amor para su egoísmo...

DINERO.—(Suplicante). Mira, bella niña; no dejes que mi vida termine de perderse en el espacio, como un manojo de ilusiones...

AMOR.—(Resuelta). ¿Pero usted, ser egoísta y de poder, implora lastimero y espera de mi una respuesta?

DINERO.—(Ansioso). ¡Si, con todo el corazón!

AMOR.—(En el mismo tono anterior). Pero sino le tiene. El amor, mi amor, es vida, luz, fuerza, belleza, besos cálidos que quemarían los labios. Su amor... es seco, metálico, es como una noche de tinieblas sin término.

DINERO.—(Contrariado, pero con disimulo). Créeme que no he comprendido tus palabras.

AMOR.—(Con serenidad glacial). ¿No?.. Escuche usted, entonces: Ustedes, sombras del pasado, que con dinero quieren mancillarlo todo; ilusos que con sus egoísmos pretenden comprar amor, juventud, manos amorosas para que los acaricien, con la misma facilidad con que se compran un traje, deben renunciar a los afectos del corazón. El duro batallar sin tregua, por la riqueza, la posición ocupada por usted en la sociedad y en el comercio, sus hechos pasados que lo acreditan como culpable de muchos crímenes, lo hacen incapaz para la comunión de las almas. Mi vida a su lado me sería imposible; tendría que avergonzarme a cada paso. Yo, señor Dinero, no quiero su poder, que hoy ya nada vale, ni su lujo. La sencillez embellece mi vida; no quiero que cubran mi cuerpo las sedas hiladas con sacrificios; sus adornos, son manchones de sangre. Yo adoro la justicia, aborrezco el crimen y soy una ferviente defensora de los derechos de todos a la felicidad. Detesto además la explotación y usted con todo esto está reñido. Entre los dos, media un abismo infranqueable; usted es la vejez, adora la tiranía, mientras que yo, soy la juventud y amo la libertad.

(El viejo, sin contestar una palabra más, despójase rápidamente de su disfraz de sencillez; torna a su aspecto horrible y brusco. Tiende una mirada significativa de odio, hija de su origen, mas comprendiendo que su egoísmo y su poder han sido avasallados por la sencillez y el amor, desaparece lentamente por la puerta, con sus achaques a cuestas.)

AMOR.—(Levantando los brazos en alto, regocijada). ¡Vete, sombra del pasado!

FRANCISCO LATTELARO.

Tres Arroyos, Nov. 4 1923.

Buenos augurios

Las calmas son precursoras de tempestades. Tal es la opinión que queda en nosotros, cuando contemplamos un pueblo que no da señales de vida.

Por eso frente al pueblo productor de Junín, sumido en el más profundo letargo, me imagino que está haciendo una digestión cerebral; dicho de otra manera: está elaborando conceptos propios y despojándose de los ajenos ingeridos por medio de la lectura o adquiridos en conferencias, discusiones, etc.

Al operarse esta evolución mental en los pueblos, presentan el actual aspecto que el que presenta el pueblo de Junín; y sugieren el invierno por su quietud.

Mirando esto por otro lado, ¿no será tal silencio una manera de disimular la cobardía, y como juzgamos por nuestra manera de ser, no será que miramos todo bajo la faz que deseamos?

El tiempo lo dirá.

Al llegar aquí, me encuentro con un conflicto provocado por la empresa ferroviaria.

Si la provocación de este conflicto, hubiera sido hecha en otro pueblo, al mismo gremio, este hubiera paralizado sus tareas como sucedió en varias ocasiones.

La suspensión de 500 obreros, por el solo hecho de no asistir al trabajo el día 12 de Octubre y con el agravante de dejar en sus puestos a otros obreros, que tampoco concurrieron a sus tareas ese día, y que no habían solicitado permiso previo para no asistir, tal fué el caso.

Sin embargo, los obreros ferroviarios permanecieron quietos ante un hecho tan insólito; nadie osó ni siquiera arrugar el ceño; parecía que los obreros atravesaban por el momento más feliz de la vida obrera.

En cambio el diario «El Heraldo», defensor de los radicales, ha abierto una campaña en contra de la empresa ferroviaria, representada por un jefecillo con atribuciones.

El diario aludido propició un mitin de protesta y desagravio, contra el hecho referido y con tal motivo solicitó la cooperación de la sociedad, «Comercio e Industria» de ésta localidad.

Telegrafió, solicitando el concurso de la L. P. A. Y en representación de la misma debía venir Carlés, y de los círculos de obreros católicos otro representante; entonces se resolvió efectuar el mitin el día 21 de Octubre.

A este acto también fueron invitados los trabajadores en general, pero ni los que forman el sindicato de trabajadores del Pacífico, ni ningún otro gremio de los que figuran organizados, dieron señales de existencia; y esta indecisión hizo que el mitin fuera suspendido para otra oportunidad y continuar la campaña periodística hasta tanto respondieran los trabajadores.

Todo esto me ha producido una impresión poco halagadora, y ello me obliga a buscar un lenitivo que me conforte, que tonifique mi espíritu algo mustio por el desgaste de energía moral que he hecho durante un tiempo bastante largo en una lucha estéril.

Y como no encuentro lenitivo mejor que la lectura, recurro a ella, para lo cual busco un autor nuevo entre nosotros, con el fin de empaparme de su ardor juvenil, tan necesario para mí en el actual momento.

Andando a la pesca, me encuentro con «Leonidas Andreiev»; los conceptos que vierte no son nuevos, pero su estilo sí, y en él campea el vigor de una naturaleza robusta y exhuberante, de donde se desborda la fogosidad como río que sale de madre.

Busco un sitio aparente para leer reposadamente, y este sitio lo encuentro debajo de un puente del Canal del Norte.

Busco la sombra y me ubico a la vera del agua verdinegra, que corre, revolviéndose furiosamente, ora semejante a un montón de víboras, ora a una enorme melena enmarañada por el viento.

A la sombra también, se encuentran varios niños entretenidos en leer unos folletos o novelitas cortas.

De pronto y como empujadas por un ciclón, hacen irrupción varias «hijas de Eva», las que sugieren la contemplación de una bandada de cotorras por lo bulliciosas.

Una toma asiento a poca distancia de mí y deja caer los pies hacia abajo; comienza a cantar y a golpear con ellos en la empalizada que le sirve de asiento, la cual produce poco ruido. A mí se me ocurre estar en presencia de una gran campana que ha enmudecido para meditar sobre lo que yo estoy leyendo.

La que se ha sentado cerca de mí, llama a sus compañeras: Delia, Juana, Flora, y las compañeras no atienden, por correr y saltar como unas ardillas. Todas cantan, ríen y juegan como nenitas; en todas ellas reina una alegría primaveral.

Contemplo esto y rememoro lo que pasa con los trabajadores; y así, confrontando mentalmente los hechos, deduzco que los obreros de Junín están en vísperas de una reacción saludable.

Primero, por el silencio y la quietud, segundo, porque todo cuanto se hace en pro y en contra de la suspensión de los obreros aludidos, no es más que un ardid político; y tercero, porque al mitin es invitado Carlés, nada menos que Carlés, el instigador de la masacre realizada en Chacarita en Enero de 1919, cuando los obreros iban a dar sepultura, a los compañeros asesinados por la burguesía porteña, Carlés, el cobarde instigador de los sucesos patagónicos, el consejero del repugnante asesinato de Kurt Wilckens.

Esto por un lado, y por el otro, los representantes del catolicismo, que como virus ponzoñoso se infiltró en la humanidad, y hoy vive latente en esos rebaños de obreros inconscientes que sólo sirven para romper huelgas y para fines electorales.

Por eso, por el gesto de los trabajadores permaneciendo indiferentes ante la suspensión de los obreros del taller, demostración elocuentísima de que comprendieron la estratagema política, digo que todo esto son augurios de que el pueblo obrero está elaborando conceptos claros de lo que es y de lo que debe ser.

MAURICIO BALVIDARES Y BUSTOS.

Junín, Octubre de 1923.

Yo creo que...

Cuando un impulso, un ansia de gritar verdades, el deseo de volcar en el periódico, el odio que sentimos por las clases opresoras, se manifiesta en un proletario, es deber nuestro ayudarlo según las fuerzas posibles o circunstancias de cada cual.

Bien es verdad que en casi todos los casos ese primer impulso no puede tener de bueno más que el ideal que lo guía. Yo creo que debe parecerse a un rosal rodeado de malezas que entrelazándose y enredándolo, contribuyen a ocultar la primer flor que pugna por salir; pero si una mano amiga destruye esas malezas, una o más veces, si ello es necesario, el rosal por fin se cubrirá de flores, cada vez más y más bellas. O debe ser también algo así como un clarín inactivo, herrumbrado en su interior, cuyas primeras notas serán roncas o chillonas, no hay duda, pero que si una mano práctica lo afina, las dará más vibrantes y precisas después.

Mi presente escrito también es un primer impulso. Es también un promontorio de malezas dentro de las cuales creo yo que se oculta un rosal con flores. Tal vez no las tenga, quizá ni el rosal exista. En todo caso, compañeros de «Ideas», haced vosotros por destruir mis malezas. Si de este mi primer impulso se destaca una flor, plantadla en el periódico; si no la tiene, pintadle una. Que así se aprende, y así se enseña.

Se me ocurren estas reflexiones cuando leo la sección correo de nuestras publicaciones anarquistas, donde se contesta a compañeros que mandan escritos a las redacciones, (mal coordinados, seguramente) con frases que hieren más que una paliza, en vez de insertarlos con las reformas que sean necesarias. Y yo creo que no hay derecho a matar en germen esos primeros impulsos; antes al contrario, la ayuda se impone. Eso es lo que yo creo que es obra nuestra, obra anarquista.

C. VALERA.

Bordenave, Octubre 1923.

NOTA DE REDACCIÓN.—Muy de acuerdo con cuanto en substancia expresa el autor de éste artículo. Así obramos nosotros con todos los que nos llegan, cuando hay en ellos algo de utilidad para la propaganda hasta entre la más simple gente. De ahí que «Ideas» sea muchas veces en lo que lleva impreso, nada más de una «Ideíta» desde el comienzo hasta el fin, y muchas otras veces, apenas si una levísima insinuación de idea, tal como la onda del golpe de alas de un ave sobre una mar de olas bravas. Pero si eso de «las frases qué hieren más que una paliza» va por nosotros, entonces, permítanos, compañero, que protestemos, ya que en nuestra sección correo, si hay palo en algunos casos, no es, como puede comprobarse, contra los que escriben mal, sino contra los que proceden como la mona con sus parcialidades o contra los que quisieran inmiscuirnos en sus asuntos locales o de círculo, en vez de resolverlos mano a mano, de ché a ché, como en familia o entre compañeros. Y nótese, de paso, que nuestros palos son más bien de enseñanza que de castigo.

El derecho al robo

Si un padre de familia no tuviera recursos y se hallara en una situación horrible, yo no vacilaría en juzgar que el robo en este caso es legítimo, precisamente por esto: 1º Porque le fué rehusada toda ayuda. 2º Porque dejarse perecer a sí mismo, a su mujer y a sus hijos, es ser más criminal que quitar a alguien lo superfluo. 3º Porque el móvil del robo es moral y su realización imprescindible.

Y no creo que hubiera tribunal en el mundo que, constatados estos hechos se atreviera a condenar a un tal ladrón. Los edictos de la sociedad se basan en la ayuda mutua; si en cambio la sociedad es cruel, desaparece toda obligación para con ella y se torna al verdadero estado natural y bárbaro, donde impera el derecho del más fuerte.

Federico II rey de Prusia.

(De una carta a D' Alembert, de 3 de Abril de 1770).

"Mar y Tierra"

Tal es el nombre de un periódico quincenal que en breve aparecerá en Bahía Blanca e Ingeniero White. Publicará una sección en italiano. Solicita colaboración a todos los compañeros. Dirigirse a Valerio Chaves, calle Las Heras 54. Bahía Blanca.

Nuestros actos

El del domingo 2 del corriente mes, que realizamos en la plaza San Martín, fué un acto machazo, verdaderamente pistonudo y metedor.

Hablaron Graiver y Lunazzi. Después E. Balbuena y E. Ricetti, recientemente en libertad, tras el atropello de que fueron víctimas a raíz de la bombita que reventó en el viceconsulado español de esta ciudad, luego habló Anderson Pacheco, Demo y Alberto Balbuena; y sobre el pucho otra vez Lunazzi y Graiver.

Todos los compañeros le metieron duro y parejo a la autoridad y a las autoridades, enseñándoles a éstas a no meterse a locas con nuestra agrupación. En venganza, al disolvernos cantando «Hijos del Pueblo», se nos observó que estaba prohibido cantar. Si hubiera sido un himno patriótico o alguna de esas otras estupideces que chillan en las calles los que van celebrando un triunfo de box o *foot-ball*, entonces se nos hubiera dejado berrear hasta las mil y quinientas. Cosas de la democracia que es preciso tenerlas en cuenta para decirlas en las plazas en otros actos.

El público fué numeroso.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades.

Arata.—L. Fernandez 1.00.

Berisso.—S. Fotinos, venta «Ideas» 0.80.

Buenos Aires.—A. Mascaró 2.90, F. Faragasso 2.00, S. Squitieri donación 5.00, Victoria Cimino donación 2.00, María Cimino donación 2.00, José Regina donación 1.00, Carmen Rosito donación 0.50, M. Alvarez 1.00 por int. de «La Antorcha», Sociedad Obreros Ladrilleros donación 30.00, M. Queiruga 1.00, J. Lamas 1.00.

Caleufú.—J. B. Pereyra 2.00 por int. de «La Antorcha»

Copetonas.—S. de Arriba 2.40 por int. de «La Antorcha»

Campo Afuera.—Rodriguez 1.00 por int. de «La Protesta».

Ensenada.—Lucas Martinez, donación 5.00.

Dominguez.—Sarah Stein 2.50.

Gral. Gelly.—J. Vergés 3.00 y E. Mardones 2.00 por int. de «La Antorcha».

Gdor. Castro.—S. Badía 3.00 por int. de «La Antorcha».

Gral. Madariaga.—M. Villasol 5.00 por int. de «La Antorcha».

Herrera.—J. Rodriguez 1.00 y S. Leguizamón 2.00 por int. de «La Antorcha»

Kilómetro 180.—J. R. Feal 0.60 por int. de «La Antorcha».

Lima (Perú).—Grupo «Luz y Acción» 21.25 por int. de «La Antorcha».

La Plata.—Coriolano, O. Demo, J. Tempone, A. Bouché, M. Valli, G. R., V. H. Córdoba, L. Pasquini, A. Eguara y Pinola 1.00 cada uno. J. Pucci, M. Botelli, P. Di como, S. Tri, Faccinetti, A. Souto y G. Turili 2.00 cada uno. Pellizzón 3.00. Steiner—Graiver 5.00, A. Frachou, F. Lopez, M. Porras. F. Fernandez, E. Saa Emeterio, E. Comotti, U. Piccoli y D. Rubio. 0.50 cada uno. Buscavidas venta «Ideas» 1.95, Souto idem 0.70, E. Ricetti idem 1.35. M. Franchino 1.00, Uno 0.10.

La Dulce.—Gabriel Roca donación 5.00.

Montevideo.—A. Axman 1.00.

Mendoza.—C. Magallanes 4.50 por int. de «La Protesta».

Pieres.—Eleuterio Andrés 2.40 por int. de «La Protesta».

R. de Escalada.—J. Company 1,

Rosario.—M. Guevara 3.60, M. Federico donación 5.00, S. Opizzo donación 5.00, León Sola donación 2.00.

Santa Rosa.—A. Iglesias 2.00.

Tigre.—Cosme Squitieni don. 2.00.

Tres Arroyos.—F. Lattelaro 2.00.

Villa Cañás.—J. Canovi 4.80 por int. de «La Protesta».

Whelwright.—Gallardo 1.20 por int. de «La Protesta».

Extraordinario.—Remate a la norteamericana de dos libras de chocolate, en el pic nic de Palo Blanco del día 25 de Noviembre 38.12.

Total de entradas **$ 221.67**

Salidas.—Impresión de éste número (2.500 ejemplares) $ 100.00. Franqueo 10.00. Déficit del anterior 11.30. Total $ 121.30. Quedan, pues para el siguiente número

$ 100.37

PARA NUESTRA MINERVA

Suma anterior 20.00. Donaciones: Steiner-Graiver 5.00, Faccinetti 1.00. Suma total 26.00.

PARA «LO QUE NOSOTROS QUEREMOS»

Suma anterior 30.90.

Entradas.—Steiner-Graiver de La Plata 5.00, M. Federico de Rosario 1, Eulogio Mardones de Gelly por int. de «La Antorcha» 3.00.

Suma total 48.90.

Para el Comité Pro Presos de La Plata

Venta de flores en la velada del 29 de Octubre, donadas por el compañero José Pesce 7.70. Venta de un jamón, en el pic nic del 25 de Noviembre en Palo Blanco, donado por el compañero Antonio Fernandez 7.45.

Números devueltos

Antonio Rossi, Luis Lopez, Domingo Andrada, Alfredo Specieri, Juan Hernandez, Pablo Planas de La Plata. Severiano Lopez de Avellaneda. «Germinal» de Rosario y «Los explotados» de Deán Funes.